

La toma de Baza: estrategia militar y política internacional

Introducción

En muchas ocasiones, el estudio por temas de la Historia, dejando un poco de lado la estricta cronología, nos hace perder la perspectiva de que los contemporáneos vivieron todos los acontecimientos en simultáneo y no en secuencia, por lo que es indudable la influencia de unos sucesos sobre otros, aunque sólo fuera en el estado de ánimo de los actores de la Historia. Por eso, a lo largo de este capítulo intentaremos respetar en lo posible la secuencia temporal de los hechos, tanto los que se enmarcan en el territorio español como los que tienen que ver con relaciones internacionales, y trataremos de desarrollar los dos aspectos a que hace referencia el título, durante las campañas de 1488 y 1489, es decir, después del punto de inflexión que supuso para la guerra la conquista de Málaga y antes del comienzo del asedio al último reducto del Reino de Granada, su capital. La actividad de esos dos años está poderosamente marcada por el momento crucial del cerco de Baza. Crucial fue por varios motivos: en primer lugar, nunca se había mantenido un asedio en condiciones tan adversas (el malacitano fue más sangriento, pero el bastetano lo aventajó en penalidades, desesperanza y duración); por otro lado, se derrotó al Zagal, teóricamente el único enemigo moro que aún se enfrentaba al poder castellano, sometido Boabdil, como vasallo, a la Corona, y se conquistó por ende todo el territorio granadino, sola excepción hecha de la capital y de las abruptas e inaccesibles Alpujarras; por último, cabe señalar que por este motivo reseñado, la condición de vasallo del Rey Chico, tras la campaña de 1489 la guerra debería haber tocado a su fin, y así lo creían los Reyes Católicos antes de que Boabdil, el pueblo granadino o los propios entresijos de la Historia determinasen lo contrario.

Aparte de centrarnos en las condiciones del asedio, enfocaremos también nuestra atención en la política internacional de los reyes. Las razones que nos impulsan a tratar temas en apariencia dispares son variadas. En primer lugar, a pesar de la importancia fundamental que tuvo el hecho de la conquista como determinadora de la unidad política y religiosa de España, no podemos olvidar que no era menos un hecho de política internacional como lo sería, por ejemplo, los intentos de anexión de Navarra o las reclamaciones para la devolución del Rosellón y la Cerdeña. Tras la unión castellano-aragonesa por virtud del matrimonio de Isabel y Fernando, el rey gozaba de la fuerza de presión del poder y de la diplomacia castellanos para intentar solucionar los asuntos de política exterior que tanto le preocupaban, como eran el dominio sobre Nápoles, la devolución por parte de Francia de los mencionados condados catalanes, el control sobre el estado-tapón que era Navarra, etc. Sin embargo, la exigencia de la reina de solucionar primero los asuntos castellanos era tajante, y estos asuntos eran el fin del proceso de la reconquista ya intentado por otros monarcas de Castilla, pero para cuya ejecución sólo ahora se daban las condiciones idóneas. La conquista granadina era, así pues, requisito previo indispensable para que

la energía de las dos coronas se pudiese dirigir a otros temas de política exterior. En cualquier caso, no debemos concebir la política regia como un encadenamiento de cuestiones cuya resolución se efectúa paso a paso, una tras otra. Los reyes sólo ralentizaron y retrasaron algunos temas ante la necesidad más acuciante de solventar la conquista de Granada, nunca los paralizaron por completo ni los olvidaron; por ello, simultáneamente a las campañas militares seguían recibiendo embajadores, despachando los propios, concertando alianzas y matrimonios... Y estando su mente ocupada en tan diversos asuntos, cabe imaginar que acontecimientos como los de Nápoles de 1487, cuando Ferrante, primo de Fernando, rompe la palabra dada a éste y ajusticia a los barones rebelados, causarían en el Rey Católico una indignación que podría explicar en parte la severidad con que castigó a los resistentes malacitanos (si bien es cierto que la oposición que mostraron al asedio y su rechazo a claudicar era causa suficiente, en la mentalidad de la época, para el trato que se les dispensó).

Pero hay otros motivos para estudiar la conquista de Granada dentro de la política internacional de los Reyes Católicos. El reino nazarí era un peligro para la consolidación del nuevo estado español habida cuenta de la amenaza cada vez más palpable de la expansión turca. Tener el enemigo en casa no resultaba cómodo, pues siempre existía el riesgo de que los moros granadinos permitiesen a los turcos utilizar su territorio como punto de apoyo para ulteriores conquistas. Por otro lado, las ambiciones mediterráneas de los aragoneses no se ocultan a nadie, y la conquista del Reino de Granada podía ser sólo el primer paso de un proyecto más ambicioso: expansión por el norte de África, bien de forma militar (y en este sentido la toma de Melilla podría ser considerada como la continuación de la guerra granadina), o bien económica, y de hecho los provechosos intercambios comerciales con Marruecos y Egipto demuestran esta tendencia.

Tampoco debemos dejar de lado la importancia que tuvo la guerra para la consolidación del ejército español. La experiencia de sus capitanes y las nuevas organizaciones que se desarrollaron en la contienda, ultrapasando los viejos esquemas medievales, permitieron la configuración de ese ejército moderno que triunfó después en Europa, sobre todo en las contiendas en suelo italiano. Por último, mencionaremos que la conquista de Granada condicionó en gran medida la política de los Reyes Católicos ante la Santa Sede, siendo debidas las fricciones con el Pontífice a disputas relativas a la financiación de las campañas por medio de las bulas papales.

Como se ve, todo un mosaico de relaciones internacionales que dependen en gran medida de la contienda granadina.

1488

Después de la toma de Málaga el antiguo Reino de Granada había quedado dividido en tres partes, cada una regida bajo distinta bandera. Ocupaban los monarcas españoles toda la parte costera occidental: Ronda, Marbella, Málaga y Vélez-Málaga; desde aquí, su dominio se extendía al norte por Alhama, Loja, Íllora y Moclín, amenazadoramente cerca de la capital. En manos de Abú 'Adb-Allah Muhammad ben Saád, El Zagal, se encontraba la zona centro-oriental, Baza y Guadix en el interior y Almería en la costa, adentrándose incluso en las Alpujarras. Por su parte, su sobrino

Abú ‘Adb-Allah Muhammad ben Alí, Boabdil, gobernaba la zona oriental fronteriza de los Vélez y Vera, y la capital, y esto con la ayuda del Rey Católico, de quien era vasallo y a quien interesaba sostenerlo en el poder para mantener encendida la rivalidad entre las facciones musulmanas [Suárez, 1982:217-218].

La campaña anterior había sido agotadora para el país. Un cerco como el desplegado en Málaga no se puede mantener sin un esfuerzo ingente que desgasta tanto las fuerzas humanas como los recursos materiales. Los soldados habían pasado muchos meses fuera de casa, lo que supone un gasto de alimentos para la manutención al mismo tiempo que una escasez de la mano de obra necesaria para la producción de esos abastecimientos, pues no debemos olvidar que no nos encontramos ante un ejército profesional moderno, y que la mayor parte de los hombres que combaten son los mismos que en época de paz o treguas trabajan en tareas del campo. La campaña extenuante de 1487 y después la de 1489 explican el relativo relajamiento de los respectivos años siguientes, 1488 y 1490. Era preciso reanudar las actividades agrarias, ganaderas y comerciales tras el parón, de lo contrario hubiera sido imposible mantener el ritmo bélico. En el caso de 1488, aún podrían argumentarse otras razones que expliquen sus singulares características, empezando por las epidemias que azotaron Andalucía en el 87 [Zurita:548]. Otros motivos tienen que ver con política tanto interior como exterior. Durante el cerco de Málaga, una embajada de Tremecén llegó al real para renovar treguas y acuerdos. A los reyes les interesaba mantener buenas relaciones con el Islam norteafricano para evitar eventuales ayudas a los de Granada y para seguir vendiéndoles trigo y, aunque los emiratos de Marruecos no estaban en condiciones de presionar a los monarcas españoles, no es de extrañar cierta contención después de las duras condiciones impuestas a los vencidos en Málaga. Al mismo tiempo, aumentaban las fricciones con Francia por las cuestiones de los condados catalanes y los sucesos de Bretaña atraían la atención de los monarcas. Además, a comienzos de 1488 se reunieron las Cortes de Aragón [Ladero, 1987:55]. Por todas estas circunstancias se dejaron en suspenso las cartas de apercibimiento para la campaña de 1488, que habían sido cursadas el 22 de diciembre del año anterior [Suárez, 1989:154].

Política exterior

La cuestión sucesoria de Bretaña pasó a primer plano después de la caída de Málaga, que parecía anunciar un fin próximo para la guerra. El duque de Bretaña, Francisco II, carecía de hijos varones, y el padre del nuevo rey de Navarra, Alain d’Albret, buscaba apoyos exteriores que permitiesen la creación de un centro de poder en el ducado, para así oponerse a los deseos centralizadores del rey de Francia. De este modo pensaba que se podrían cumplir sus sueños de crear una unión de estados en el Sudoeste francés, del que Navarra formaría parte, bajo el dominio de la dinastía Foix-Albret [Suárez, 1983:79]. Los Reyes Católicos vieron la oportunidad de presionar al señor d’Albret y, ya en diciembre de 1487, suprimieron los salvoconductos de que gozaban los navarros en territorio castellano, poniendo en ejecución las cartas de represalia pendientes, que eran muchas. En enero y febrero de 1488 enviaron embajadores a Bretaña para negociar una alianza militar con el duque, apoyada si fuera necesario con un compromiso matrimonial con la infanta doña Juana. La reacción de d’Albret no se hizo esperar: presionado por un lado en Navarra y temeroso por otro de quedar fuera de la alianza en Bretaña, apareció de forma inesperada en marzo en Valencia, donde los Reyes habían reunido las Cortes de la

Corona de Aragón, y de forma apresurada firmó tres acuerdos. Por el primero los reyes ponían a su disposición una flota para ayudar al duque de Bretaña en su lucha para conservar su independencia contra Francia; por el segundo los monarcas españoles harían que su hijo Juan de Albret y Catalina de Foix fuesen recibidos como reyes por sus súbditos navarros, defendiéndolos de la facción enemiga del señor de Narbona, a cambio de que ellos apoyasen a las tropas castellanas en caso de que alguna potencia –que evidentemente sólo podía ser Francia- quisiese usar su territorio para una guerra contra Castilla; por el tercero Alain d’Albret se comprometía a hacer lo posible para que se ejecutase el testamento de Luis XI, que implicaba la devolución de los condados del Rosellón y la Cerdeña. Los acuerdos eran muy favorables para España, ya que en el fondo reconocían la esencia española de Navarra y la convertían en un protectorado de Castilla [Suárez, 1966:165-167]. Los compromisos a que se habían sujetado los reyes no eran demasiados, ya que sólo se enviaba una flota sin hacer una declaración de guerra formal, pero son indicativos de su convicción de que la contienda de Granada no iba a durar mucho tiempo más.

Después de un traslado de las Cortes desde Valencia hasta Orihuela, el día 26 de abril pasaron los reyes a Murcia, donde prosiguieron su actividad diplomática. Allí recibieron a los embajadores del rey de Inglaterra, que había aceptado la propuesta de alianza que don Fernando y doña Isabel le habían transmitido a través del embajador Rodrigo González de la Puebla. Los legados ingleses negociaron con los monarcas sobre tres cuestiones fundamentales: unión dinástica a través de un futuro enlace de Arturo, príncipe de Gales, con Catalina, cuarta hija de los reyes españoles; alianza política, que se encaminaba sobre todo a la defensa de la independencia de Bretaña; tratado comercial, que conferiría una adecuada estructura jurídica a la colonia española en Londres. El 30 de ese mismo mes se envió a otro embajador, Juan de Sepúlveda, para que junto a Puebla concretasen los acuerdos [Suárez 1989:225].

La expedición española en defensa del duque de Bretaña había de reunirse con una inglesa y otra borgoñona. Era la primera vez que los miembros de esta triple alianza iban a combatir unidos. El 3 de mayo se reunieron las tropas en Nantes. Sin embargo, una circunstancia puso en peligro la empresa: por esas fechas tuvieron noticia los reyes, que a la sazón se encontraban en Murcia, como quedó dicho, de que las ciudades flamencas de Gante, Brujas e Iprès se habían alzado en armas y habían hecho prisionero a Maximiliano de Habsburgo, duque consorte de Borgoña. La reacción de los Reyes Católicos fue inmediata: petición al Pontífice, a través de su embajador Bernardino de Carvajal, de intervención en el asunto; embajada en apoyo de Federico III, Rey de Romanos, que había ido en auxilio de su hijo Maximiliano; bloqueo económico a los rebeldes. De este modo, cuando la rebelión terminó, Borgoña y la dinastía de los Habsburgo tenían motivos para estar agradecidos [Suárez, 1966:171-172]. La expedición sería finalmente un tremendo fracaso, pero lo importante era el establecimiento de alianzas con los enemigos de Francia para presionar lo más posible a Carlos VIII..

Campaña de ese año

Desde Murcia se organizaría la campaña militar de ese año. Rodrigo Ponce de León, marqués de Cádiz, y don Fadrique de Toledo tenían orden de convocar para el día 5 de mayo en Lorca, muy cerca de la frontera mora, a los efectivos que constarían de unos 5.000 hombres de a caballo y 14.000 de a pie, un número sensiblemente

inferior al convocado para otras campañas [Suárez, 1989:155]. Se anuló incluso la orden dada en principio para reunir artillería, todo lo cual hace pensar que el rey era muy consciente de que ese año no habría grandes cercos [Ladero, 1987:55-56]. Se trataba, en definitiva, de mantener la actividad bélica con el menor esfuerzo.

La intención de don Fernando era doble. Por un lado, penetrar en los territorios de Boabdil, que no debían oponer resistencia, y tomar posesión señorial efectiva de aquellos lugares mediante capitulaciones honrosas. No se trataba de violar los pactos entre los monarcas y el Rey Chico, por cuanto que en virtud de los acuerdos esas posesiones sólo correspondían a Boabdil provisionalmente, toda vez que cuando el Zagal fuese derrotado (y esto se preveía para breve espacio de tiempo) pasarían a manos de los Reyes Católicos. Con esto se debilitaba la posición del Zagal, que se veía cercado más estrechamente por los cristianos, y se evitaba que algunas de las ciudades o poblaciones seguidoras de Boabdil se pasasen al bando contrario y originasen mayores problemas. Al mismo tiempo, una excusa para invadir esos territorios podía ser su propia defensa de la facción contraria; de hecho, el Zagal intentó apoderarse de la ciudad de Vera, cosa que evitó el marqués de Cádiz saliendo en su defensa desde Lorca el 2 de junio [Suárez, 1989:155]. El otro objetivo del Rey Católico era Almería, ciudad que pensaba tomar sin resistencia gracias a un pacto secreto que mantenía con el caudillo moro de la ciudad, Yahia Alnayar, nieto de Yusuf IV, por lo que no necesitaba en teoría ni de mucha gente ni de artillería pesada.

Sin embargo, la reunión de la hueste cristiana conllevó algunos retrasos y la campaña sólo comenzó con la llegada de Fernando a Lorca el 7 de junio. Esto dio tiempo al Zagal a ultimar los preparativos de la defensa. Fueron reorganizadas las ciudades de Guadix, Baza y Almería, y muchos habitantes de las zonas controladas por su sobrino, descontentos con el servilismo que éste mostraba hacia los cristianos, decidieron pasarse a su bando, por lo que algunas de las ciudades que se dieron sin resistencia a las tropas castellanas se encontraban casi deshabitadas. Igualmente, sospechando la traición que se fraguaba para entregar Almería al rey cristiano, aunque seguramente sin saber a ciencia cierta el nombre de todos los implicados, ajustició a algunos sospechosos y envió a Alnayar a Baza.

A los dos días de iniciada la campaña se llegó a las puertas de Vera y la ciudad se rindió al día siguiente, y con ella toda la zona oriental del reino de Granada en un plazo de diez días. Las capitulaciones eran muy generosas y teniendo los cristianos la fortaleza de Vera, desde donde las correrías eran fáciles de hacer, los pobladores de las zonas cercanas no se sentían seguros para cultivar sus campos, por lo que hubiera sido absurdo una resistencia enconada [Valera:277-283].

El siguiente paso era presentarse en la ciudad de Almería, donde esperaba recibir la ciudad sin lucha, como dijimos. Era vana su esperanza. El Zagal había cortado de raíz los brotes de traición y había salido con una fuerte hueste que pilló por sorpresa a los castellanos. Tras varias escaramuzas donde los castellanos llevaron la peor parte, don Fernando se vio obligado a replegarse, pero no queriendo abandonar la campaña se dirigió a Baza a tantear el terreno, imaginando poder sorprender esta villa. Se comenzó a talar la vega, pero el Zagal estaba prevenido de los movimientos del enemigo y estableció una emboscada cerca de la ciudad, donde cayeron los hombres del marqués de Cádiz al perseguir a un pequeño grupo de moros que los provocaron. No pudiendo establecerse ningún cerco, ya que no había suficientes

hombres, el rey decidió volverse a Huéscar y desde allí, tras dejar guarniciones en los lugares fronterizos, regresar a Lorca [Zurita:548]. El 17 de julio ya se encontraba en Murcia. Si no para otra cosa, las incursiones a Baza y Almería habían servido para calcular la fortaleza de ambas ciudades y decidir cuál de ellas sería el objetivo para el siguiente año. Como resultado de la campaña de 1488 se había obtenido la obediencia de un territorio muy extenso, ganado en poco tiempo y casi sin lucha, con lo que se estrechaba el cerco sobre el Zagal y se reducían los dominios de Boabdil a la sola ciudad de Granada, anticipándose ya de esta manera la entrega de los territorios orientales. De hecho, el 30 de julio se prorrogó por dos años la tregua con Boabdil con esa expresa reducción a la capital y sus alrededores. Había esperanzas fundadas de que una rendición del Zagal pusiese término a la guerra ese mismo año.

Es quizá por ello que los Reyes Católicos se viran hacia otros asuntos que reclaman su interés. El mes anterior, en junio, se había producido un ataque turco a Malta, ataque que no había pillado por sorpresa ni al Papa ni a don Fernando, avisados por el presidente de Sicilia, que había obtenido la información a través de un renegado griego. Se trataba en realidad de una maniobra de distracción, ya que la flota principal de los otomanos se dirigía contra sus enemigos irreconciliables, los mamelucos egipcios, y la enviada contra Malta no era suficiente para conseguir controlar la isla si se conquistaba. A pesar de estar sobre aviso los sicilianos y haber mandado, con auxilio aragonés y papal, una flota de diez trirremes, no se pudo evitar que los turcos capturasen un buen botín de guerra y muchos prisioneros, ya que las naves enviadas desde Sicilia eran mucho más lentas que las embarcaciones ligeras otomanas. Sin embargo, se puede decir que en líneas generales la mayor beneficiada de la actuación turca fue la Corona de Aragón. En primer lugar, se pudo comprobar antes de que fuese demasiado tarde, que Malta estaba mal defendida y necesitaba mayores refuerzos, cosa que se proveyó con una flota permanente y mejores fortificaciones [Suárez, 1989:196-197]. Pero, sobre todo, el mayor provecho se logró en la consolidación de relaciones con Egipto. Ya desde 1485 se mantenían relaciones económicas con Kait Bey, Soldán de Babilona (que era el título que asumían los gobernantes egipcios), como estrategia para dividir a los musulmanes, apoyando a los mamelucos contra sus tradicionales enemigos turcos; desgraciadamente, no se podían consolidar estas relaciones por las reticencias de éste a comerciar con unos enemigos de la fe que, a fin de cuentas, estaban destruyendo el Reino moro de Granada y buscaban su amistad para enfrentarlos a otros musulmanes. El ataque del principal grueso de la flota turca contra Egipto fue un estrepitoso fracaso, pero el Soldán se aperció inmediatamente del peligro que corría y se disiparon sus titubeos sobre la alianza con España. Durante ese año se vendieron a Egipto grandes cantidades de trigo de Sicilia y a principios del año siguiente se le arrendaron cincuenta carabelas que, además de proporcionar dinero a la Corona, serían previsiblemente empleadas contra los turcos. Por otro lado, don Fernando fue reconocido como «Protector de los Santos Lugares» [Suárez, 1983:82].

Otro asunto que apareció entonces en primer plano fue la cuestión británica. En la segunda quincena de julio había vuelto de Inglaterra el embajador Sepúlveda, después de haber firmado en Londres unos preliminares de acuerdo sobre los tres puntos a que hicimos referencia anteriormente. Los monarcas españoles encontraron inaceptables los términos del acuerdo y desmesuradas las concesiones hechas por sus embajadores en su nombre. En la propuesta de matrimonio la dote de Catalina era excesiva y los plazos para pagarla demasiado próximos, mientras que las rentas

asignadas por la corona inglesa eran muy vagas, sin mención expresa de una cuantía exacta. Por otro lado, el tratado de alianza no incluía a Portugal, cosa en que los reyes tenían gran interés. Sin importarles la demora y el alargamiento de las negociaciones que suponía la no aceptación de las condiciones previas, quizá al creerse por fin desimpedidos de la empresa granadina, exigieron una rectificación de los acuerdos por parte de Sepúlveda y Puebla. Sin embargo, la paciencia que les sobraba en esa altura del año se convirtió en prisa en diciembre, cuando en unas instrucciones a Puebla se quejan de la lentitud de los despachos de correos y de las negociaciones [Suárez 1966:177-179]. Y es que para entonces la esperanza de acabar en breve la contienda contra los moros se había desvanecido. Durante el otoño de 1488 el Zagal había realizado incursiones a Alcalá la Real desde Guadix, llevándose grandes cantidades de ganado, y recuperó buena parte del territorio ganado por los cristianos en el verano de ese año: la sierra de Filabres, el valle del Almanzora, Níjar...; también avanzó por el oeste, llegando hasta cerca de Granada (lo que obligó a Boabdil a requerir la ayuda de las tropas castellanas), y de este modo se libró de la amenaza de tener territorios enemigos cerca de Almuñécar [Ladero,1987:57-58].

1489

Preparativos del asedio

Como quedó dicho en el epígrafe anterior, don Fernando había aprovechado la campaña fallida de 1488 para determinar cuál de las ciudades en poder del Zagal podía ser más adecuada para un asedio. Por descontado, la disyuntiva se planteaba entre Baza y Almería, ya que Guadix se encontraba más al interior del territorio dominado por los musulmanes. Se escogió Baza porque permitía unas buenas comunicaciones con la retaguardia, lo que aseguraba la llegada de abastecimiento y de eventuales tropas de refuerzo, ya que en principio el cerco no iba a ser levantado hasta la consecución del objetivo, y también por tener mayor valor estratégico. Además, una ciudad con puerto como Almería resultaba más difícil de cercar [Ladero, 1987:59].

Los primeros meses del año se emplearon para la acumulación de recursos, ya que el comienzo de las operaciones no sería hasta el 15 de mayo (aunque después se retrasó la fecha al 17).

En una guerra, los recursos empleados son de tres tipos: humanos, materiales y económicos. Nos referiremos brevemente a los que, en cada una de estas categorías, se proveyeron para esta campaña.

El número de soldados que componían las tropas varía de unas fuentes a otras: 16.000 jinetes y 60.000 infantes apunta, por ejemplo, el embajador ante el Pontífice, Bernardino de Carvajal; muchos de los cronistas barajan cifras de 12.000 y 50.000 respectivamente, aunque la cantidad más aproximada debe ser la de Pulgar, que nos cuenta que tras un alarde hecho por el rey se contaron en la hueste 13.000 hombres de a caballo y 40.000 de a pie [de Miguel:59-60]. Su procedencia y sus características eran dispares. Los más representativos eran quizás los continos y guardas, que formaban la escolta personal del rey y constituían la flor y nata del ejército. Los grandes nobles acudían al llamamiento real con sus hombres, normalmente grandes

tropas de jinetes y de peones. De igual forma acudían los hidalgos y caballeros, pequeños nobles que no disponían de tropas e iban a combatir a título individual, integrándose en las huestes reales; algunos incluso carecían de caballo. Otra parte constitutiva de los cuerpos de caballería aparte de la nobiliaria era la de los vasallos de acostamiento; éstos recibían una paga procedente de las arcas reales a cambio de estar disponibles cuando se les convocase para guerrear, pero era incluso corriente que faltasen a la cita, con la excusa de ser una fuerza defensiva y no ofensiva, o que contratasen a su vez a otros jinetes que acudían en su lugar. La mayor parte de los peones o combatientes de a pie procedía de los repartos hechos por todo el reino, reclamando a los concejos el envío de determinado número de hombres; los concejos de la parte norte del reino (Galicia, Vizcaya) aportaron gran número de combatientes en esta ocasión, aunque el peso principal lo llevó Andalucía, como venía siendo común a lo largo de la conquista; estos hombres eran pagados al menos en una parte de su sueldo por sus respectivos concejos, que contribuían de esta forma al sostenimiento de la guerra; eran también comunes los casos en que un mercenario sustituía a un “repartido” a cambio de recibir su soldada más una cantidad que éste le pagaba. La otra parte de los infantes era proporcionada por la Hermandad, que contribuyó con gran número de hombres que en principio iban destacados por ochenta días, aunque la prolongación del asedio en Baza dio lugar a tres renovaciones; el sueldo de estos hombres de la Hermandad era pagado en última instancia por los concejos, por lo que éstos tenían que subvencionar gastos de guerra por dos vías, los repartos y la Hermandad. Otro grupo de infantes, aunque menos numeroso, estaba compuesto por los homicianos, que eran hombres que habían cometido un crimen de “muerte peleada” (es decir, combatiendo con su víctima, mientras que si el crimen había sido de “muerte segura” o a traición no había posibilidad de expiación de la culpa) y que podían redimirse a cambio de participar en la guerra; fueron sobre todo gentes del norte peninsular los que más se beneficiaron de esta circunstancia, por un lado por ser zonas muy castigadas por las luchas entre bandos y por otro porque la ley establecía una distancia mínima de 40 leguas entre el lugar donde se cometió el crimen y el lugar donde se expiaba la culpa en la guerra. Completaban la infantería los cuerpos que no participaban directamente en los combates, como eran los azadoneros, herreros, carpinteros, recueros, etc., encargados de talar las huertas, levantar los reales y los puentes, cavar las zanjas, asegurar los caminos, etc. Grupo aparte lo componían los que hacían uso de armas de fuego: por un lado los espingarderos, que cobraban más que un jinete por ser la espingarda cara, valiosa en combate y de difícil manejo; por otro los que manejaban la artillería y fabricaban proyectiles y pólvora, cosa que se hacía en el propio real [Ladero, 1964:42-49]. En muchas ocasiones acompañaban al ejército los voluntarios extranjeros, cruzados que por cumplir la promesa de un voto y por ganarse la indulgencia se unían en la lucha contra el moro a las huestes castellanas. En esta ocasión, sin embargo, el retraso de las bulas papales, como veremos, debió de reducir mucho su número. Completan el grueso de combatientes extranjeros los mercenarios contratados y los profesionales técnicos, como son los maestros lombarderos, polvoristas, etc. [Benito:13]. Como podemos imaginar, este grupo tan heterogéneo mostraba también unas motivaciones y un entusiasmo muy variable. Los nobles, sobre todo los grandes como el marqués de Cádiz, unían, a un afán de enriquecimiento y de acumulación de favores reales, un seguramente sincero deseo de llevar a cabo los ideales caballerescos de destacar en el campo de batalla y de defender con las armas la fe cristiana. Semejante espíritu de cruzada es natural encontrarlo en los voluntarios extranjeros. En el caso de los infantes, el entusiasmo y la motivación podían ser bastante menos apasionados. Para los andaluces, es cierto, la

guerra tenía un sentido práctico inmediato por cuanto que garantizaba la seguridad de la frontera, con lo que se aprovechaban zonas que antes no eran explotadas por el miedo a las incursiones enemigas, ampliaba la expectativa de alcanzar nuevas tierras, eliminaba la eterna amenaza de ser muerto o hecho prisionero por los ataques moros, permitía vengar antiguos agravios, y siempre abría la posibilidad de coseguir botín de guerra [González:23-24]. Pero a los demás sólo podía dar consuelo a sus penalidades este último motivo, tanto para los homicianos como para los “repartidos”, que habían dejado su trabajo o sus campos sin cultivar por un proyecto regio de completar un proceso histórico cuya significación a duras penas podían vislumbrar.

Los recursos materiales, reunidos por los reyes a través de la participación obligada de los concejos, por un lado, y de un enorme esfuerzo económico de la Corona, por otro, son básicamente de tres tipos: alimentarios (esencialmente cereales y vino), de bastimento (materiales de construcción, herramientas y armas), y animales de transporte y de tiro [Benito:14].

En una economía equilibrada para mantener una situación de escaramuzas fronterizas, el planteamiento de una guerra abierta de carácter ofensivo llevaba consigo un fuerte aumento de los gastos que debía ser compensado inmediatamente por un aumento de ingresos. Financiar la guerra suponía, así pues, buscar unos recursos extraordinarios, es decir, ajenos a los que normalmente percibía la Corona, pues éstos debían seguir sirviendo para el sostenimiento del estado. El Profesor Ladero, que es quien más páginas ha dedicado al estudio de la economía en tiempos de la conquista, ha calculado de manera aproximada el costo total de la guerra de Granada para Castilla en unos dos mil millones de maravedíes, de los que más o menos la mitad correrían a cargo de la Corona. Puesto que con el presupuesto ordinario sólo se costeaban las Guardias Reales, los servicios cortesanos y los acostamientos (ya que eran sueldos que se debían pagar hubiese o no guerra), el resto tuvo que ser financiado a través de medios extraordinarios [Ladero, 1983:53]. Éstos incluían varias medidas, pero hay que destacar que la aportación más importante vino del clero a través de la cruzada, la décima y el subsidio. Las dos primeras se obtienen por medio de bulas papales mientras que el último es contribución voluntaria del clero castellano. La bula de cruzada fue con diferencia el mayor soporte económico de la guerra, ya que con ella se recaudaron aproximadamente 650 millones de maravedíes a lo largo de la contienda. Se trataba de una limosna o aportación para una guerra santa, beneficiándose quien a ella contribuía de una indulgencia otorgada por el Pontífice; su concesión por parte del Santo Padre permitía su predicación en los territorios castellanos, pero las desavenencias surgieron cuando la Santa Sede pretendió quedarse con una tercera parte para sostenimiento de la lucha contra el turco. La décima obligaba a todos los que gozasen de alguna renta eclesiástica a pagar una parte estipulada para el sostenimiento de la guerra, aunque también aquí la Santa Sede intentó asignarse una cuota, en este caso la mitad. Por estas disputas, en el momento en que se estaban reuniendo las tropas para el asedio de Baza no se disponía de estas dos bulas, que no fueron renovadas hasta el 9 de octubre. Las dificultades a que dio lugar esta circunstancia instaron a los reyes a solicitar al Pontífice, una vez acabado el cerco y conquistada la ciudad, una renovación inmediata, y para ello se sirvieron de su embajador en Roma Bernardino de Carvajal [de Miguel:121]. Por su parte, el subsidio, que se comenzó a entregar en 1482 y se repitió en 1485 y 1487, también fue concedido por el clero (como ya hemos dicho, éste era voluntario y no intervenía ninguna decisión papal en su recaudación) para ese año de 1489; al igual que en

ocasiones anteriores, la contribución, repartida entre las diferentes diócesis, se fijó en 100.000 florines, es decir, unos 26 millones de maravedís. A los judíos y mudéjares, a quienes no afectaba ninguna de las medidas dichas anteriormente, se les gravó con diferentes tipos de impuestos especiales para obligarlos a contribuir en los gastos de guerra. Otro ingreso importante por esas fechas fue la venta de esclavos procedentes del cerco de Málaga y la confiscación de los bienes de los conquistados; este tipo de recurso es algo excepcional, pues el caso de Málaga no tuvo parangón en toda la guerra. La contribución de los concejos, como fue apuntado anteriormente, se cifró sobre todo en el envío de acémilas, víveres y hombres y en los sueldos que se les adelantaba. A pesar de todos estos ingresos, las cantidades muchas veces no bastaban o simplemente no llegaban a tiempo, por lo que fue normal recurrir a empréstitos, la mayor parte de las ocasiones forzosos. Durante la campaña de 1489 se acudió a préstamos de diferentes ciudades, que estaban obligadas a entregarlo con la promesa de una devolución en el plazo de un año; normalmente, la contribución recaía entre las personas más ricas de la población, incluidos judíos. También la Mesta tuvo que prestar de manera obligatoria dinero para esa extenuante campaña; la cifra global se fijaba de antemano y luego se repartía por cabeza de ganado poseída [Ladero:78-85].

Con todas esas medidas se pudo hacer frente a la larga campaña que se avecinaba. Obviamente, no todos los recursos mencionados se prepararon (muchos ni siquiera se imaginaron) al principio, pero sí es cierto que si bien los Reyes pertrecharon su ejército para un cerco difícil, cuando vieron que éste se alargaba y agravaba por encima de lo esperado tuvieron que recurrir a todos los medios a su alcance para no desistir de su objetivo.

Al tiempo que avanzaban con los preparativos para el cerco de Baza, no descuidaban los Reyes Católicos su política exterior. A principios de año, el 4 de enero, recibieron en Valladolid a unos embajadores del Rey de Romanos que, recordemos, mucho tenía que agradecer a los monarcas españoles por su apoyo en el asunto de la rebelión de las ciudades flamencas. Éstos quisieron deslumbrar a sus invitados para demostrarles que la Corte española estaba a la altura de la más importantes de Europa, y celebraron unas fiestas con la mayor magnificencia, suntuosidad y esplendor. Junto con los monarcas se trasladaron a principios de febrero a Medina del Campo, donde ya se hallan el día 7, y desde aquí vuelven a su país cargados de presentes. El mismo caluroso recibimiento, con fiestas incluidas, dispensaron en esta ciudad de Medina, ya a mediados del mes de marzo, a los embajadores ingleses que venían a ratificar los nuevos acuerdos a que se había llegado después del rechazo de los Reyes Católicos a los preliminares de Londres [Prieto:IX-X]. Esta vez, cediendo un poco cada una de las partes, la alianza y el compromiso matrimonial se cerraron.

La presencia de los embajadores británicos fue la causa de la demora, más allá de lo previsto, en Medina. De allí salen los monarcas el 29 o el 30 de marzo y, tras diversas escalas, llegan a Córdoba el 13 de abril, desde donde ultiman lo necesario para la campaña (llamamiento a la gente de armas, envío de partidas de carneros para abastecimiento, cobranza de los empréstitos...). El 22 de mayo llegan a Jaén, que era el lugar señalado como reunión de las tropas, y después de la ceremonia de bendición de las insignias reales, el rey parte el 27 a establecer su real en Sotogordo, para hacer alarde de la hueste y organizarla en batallas. Sin embargo, las intensas lluvias provocaron el desbordamiento de los ríos y la intransitabilidad de los caminos, por lo

que la reunión del ejército se retrasó ocho días [Pulgar:481]. Finalmente, el 6 de junio se dispusieron las batallas y emprendieron el camino.

La comarca bastetana se encuentra rodeada por sierras al noroeste, al este y al sureste, formando una depresión surcada e irrigada por la red fluvial que forman el Guadiana Menor y sus afluentes. Este valle, extenso y feraz, se denomina la Hoya de Baza. La ciudad se encuentra muy cerca de la sierra del sureste, llamada Sierra de Baza, protegidas por tanto sus espaldas, y abierta a una fertilísima vega que en aquel tiempo dibujaba un abigarrado mosaico de pequeños huertos.

La entrada a la hoya se realizó por el cauce del Guadiana Menor. Dejó don Fernando algunas tropas que vigilasen el camino para evitar que los de Guadix pudieran atacar los aprovisionamientos, y antes de establecer el cerco sobre Baza decidió rendir la villa de Zújar, que se hallaba a dos leguas de ésta, ya que estaba fortificada y hubiera sido muy peligroso dejar un enemigo a la espalda. Si el rey pensaba que con un cerco y con amenazas la rendición llegaría temprano, los hechos le mostraron que se equivocaba. La resistencia realmente no tenía mucho sentido si no era como acción dilatoria, y si lo fue tuvo un éxito completo. Merece la pena hacer aquí un inciso y hablar de la artillería, verdadera revolución en las técnicas de guerra que se aplicó en la contienda granadina. Las batallas de caballería e infantería, como eran las medievales y empezaron siéndolo las primeras de la guerra de Granada, tienen su sentido cuando se trata de combates a campo abierto. Pero un contendiente que se sabe inferior en número y recursos puede evitar la derrota no saliendo al encuentro del enemigo salvo en escaramuzas, y volviendo luego a posiciones fortificadas, donde la guerra defensiva tiene una considerable ventaja sobre la ofensiva. En estas condiciones, la conquista de Granada no se hubiera podido nunca resolver en diez años, pues a pesar de su inferioridad los moros podían siempre refugiarse en sus murallas, rehuyendo el combate directo. Una guerra de asedios y no de incursiones, como estaba destinada a ser ésta, no respondía a la tradicional ventaja de una buena caballería. Sin embargo, la posibilidad de la Corona castellana de recurrir a grandes tropas de infantería y abundantes piezas de artillería daba al traste con las esperanzas de resistencia de los sitiados. En este campo era donde se hacía notar más palpablemente la diferencia de recursos entre ambos contendientes; en cualquier caso, tampoco hubiera sido una ayuda decisiva para los moros contar con más piezas de artillería, ya que este arma resulta más efectiva en actividades de ataque que de defensa. Las grandes lombardas abatían las murallas, a pesar de sus limitaciones al sólo poder disparar un proyectil cada hora, y las piezas ligeras como los falconetes impedían que los sitiados las repararan [Hillgarth:41-42]. Al disponer don Fernando de suficientes piezas de artillería para el asedio a una gran ciudad como Baza, la resistencia planteada por Zújar parece locura, sobre todo teniendo en cuenta los no tan lejanos acontecimientos de Málaga. Pero los defensores jugaban con el tiempo a favor, y lo sabían. Tras una enconada resistencia de ocho días en que se valieron de calderas rellenas de fuego o aceite hirviendo, el rey Católico tuvo que conceder capitulaciones favorables, pues el tiempo que malgastaba en Zújar lo aprovechaba el Zagal para reforzar Baza, y así los defensores consiguieron salvoconductos para pasar a la ciudad bastetana, si lo querían, después de haber logrado su propósito de retrasar al monarca castellano. Con Zújar se rindieron otras ciudades de alrededor, como Bacor y Freila, al noroeste de Baza y, Caniles al sureste .

Así, retrasado de una parte por la tardía reunión de las tropas a causa de las lluvias, como quedó dicho, y de otra por la empecinada resistencia de Zújar, el Rey Católico dio tiempo, a su pesar, para que el Zagal reorganizase su defensa y dispusiera las cosas a fin de que Baza pudiera resistir un prolongado sitio. La ciudad se encontraba fuertemente amurallada: a ojos del testigo presencial que fue Pulgar la rodeaba un sólido muro defendido por grandes torres cercanas unas a otras, de las que cuatro eran albarranas que sobresalían un gran trecho de la línea de la muralla, y en la parte de la sierra se alzaba un alcázar poderoso [Pulgar:484]. Los ríos de la hoya hacían fértil su suelo, de forma que en la entrada o salida natural de la ciudad, es decir, la parte opuesta a la sierra, se extendían espesísimas huertas. En ellas, cada pequeño propietario había construido una torre que defendiese sus tierras y había trazado en ellas multitud de intrincados azarbes; pegados a las torres se habían edificado casas, quintas, granjas y otras pequeñas construcciones para los más diversos menesteres, y en las huertas de los moros más ricos había fincas, casas de recreo e incluso palacios. Estas huertas feraces garantizaban suministro normalmente no sólo a los bastetanos, sino a otros lugares de la comarca. Cuando los castellanos llegaron a vista de la ciudad los defensores ya habían recogido la cosecha, incluso los granos verdes para que no cayeran en poder de los enemigos, y habían acumulado suministro para resistir largo tiempo. A la gente de Baza, que según un cronista «eran reputados por los más fuertes y aguerridos de todos los granadinos, como ejercitados desde niños en las artes de la guerra y forzosamente consagrados á ella por su constante batallar con los cristianos fronterizos» [Palencia:385] y que según sus seguramente algo exagerados cálculos contaba con 300 jinetes y 8.000 infantes, se habían unido por provisión del Zagal otras tropas que a juicio del mismo cronista ascendían a 700 combatientes de a caballo y 7.000 de a pie. Estas cifras, que otros incluso hacen ascender a 700 y 20.000 [Bernáldez:634-635], son como veremos después desproporcionadas, pero no caba duda de que la guarnición era numerosa. Al mando de la tropa auxiliar el Zagal había enviado a su cuñado Yahia Alnayar, el mismo que había pactado en Almería con el Rey Católico y que tendría una importancia decisiva tanto en la resistencia bastetana como en su ulterior rendición. Como caudillo general de la plaza quedó Mohamad ben Hacen, hombre de edad aunque muy fuerte, y Abú Hamet Abdalá era el tercer jefe, alcaide de las fortalezas de la ciudad.

El cerco de Baza

Durante toda la guerra de Granada tres eran las formas esenciales de plantear combate: escaramuzas, asedios y talas. Las primeras, que en ocasiones podían derivar hacia batallas más importantes, eran poco significativas en la conquista, ya que los moros solían rehuir las cuando se prolongaban, debido a su evidente inferioridad numérica y de recursos, y en cambio eran superiores y podían causar mucho daño en la táctica de guerrillas. Por lo general, el cerco o asedio era la forma principal de conquista y avance durante esta contienda, sobre todo con el apoyo de la artillería, pues sin ésta sólo el hambre, una entrada por sorpresa o aparatos de aproximación a la muralla podían ser aliados de los sitiadores y obligar a los sitiados a rendirse. Durante los cercos el ejército se dispone en unidades o campamentos llamados “reales”, cuyo número y disposición varía muchísimo en cada caso. También la tala era medio de debilitar al enemigo, no sólo de forma física al disminuir el abastecimiento, sino también psicológica, como se hizo repetidamente en la vega de Granada, pero no era

un medio definitivo por sí mismo. Para las talas, al igual que cuando los ejércitos se desplazaban, la formación normal era en “batallas”, grandes unidades de jinetes y peones con una cierta autonomía [Ladero, 1979:170].

Al llegar, el 20 de junio, ante los frondosos huertos de Baza, de los que antes hemos hablado, el Rey sentó el real algo apartado, por el temor de entrar en ellos sin antes haberlos reconocido. Pero varios inconvenientes denunciaban a las claras las desventajas del emplazamiento. Por un lado, los de Baza se hallaban totalmente desimpedidos para salir y entrar de la ciudad, lo que hacía inútil el cerco, y lo que es peor, les permitía realizar sus escaramuzas impunemente, al no poder verse bien cuándo salían y por dónde; por otro, y quizás lo más importante, la artillería quedaba de esta manera tan apartada de las murallas que la ciudad se mantenía fuera del alcance de tiro. En esas condiciones el asedio estaba destinado a no tener éxito, y fue por eso que don Fernando ordenó el reconocimiento de la vega para asentar el real y colocar las piezas de artillería. Coscientes los moros de que tal maniobra significaba su ruina salieron a combatir desde los arrabales de la ciudad, y en ese enmarañado laberinto de jardines, torres, acequias y barrancos del que antes hemos dado cuenta tuvo lugar una batalla cruenta en que reinó la mayor confusión. Los combates casi se hicieron individuales, privados los hombres de ver a sus capitanes o a sus banderas y de escuchar las trompetas o las órdenes, los jinetes se vieron obligados a desmontar, las torres eran asaltadas por unos e inmediatamente quemadas por otros; don Fernando, que intentaba socorrer a sus hombres mandando refuerzos, no podía saber en qué parte eran necesarios por la espesura del follaje. Conocedores del terreno, de las entradas y salidas y de los mejores sitios para emboscarse, los moros sacaban ventaja de este combate cuerpo a cuerpo. Fueron doce horas de lucha extenuante y casi a ciegas, pero al final, superiores en número, los cristianos hicieron retroceder a sus enemigos y emplazaron el real en la huerta, donde se pasó la noche con más pena que gloria, pues los de Baza no cesaron de atacar y causar bajas, bien con tiros aislados de espingardas, con lluvias repentinas de flechas o con escaramuzas rápidas que golpeaban y desaparecían [Pulgar:485-486].

A la mañana siguiente, viendo el peligro en que ponía a su huerte si persistía en su asiento actual, el rey mandó que el real se instalase en su emplazamiento primero. Se tomaron precauciones para evitar el ataque enemigo: no se movieron las tiendas hasta que se hubo trasladado todo el equipamiento y las últimas en desmontarse fueron las más cercanas a los arrabales de la ciudad. Al apercibirse los moros del movimiento de retirada atacaron la retaguardia del ejército, pero una salida ordenada, dando cara en ocasiones al enemigo, evitó mayores pérdidas a las tropas castellanas. En cualquier caso, con el abandono de las posiciones de la huerta la primera estrategia del cerco se había revelado un completo fracaso.

Fue tal el desánimo y tan desesperada parecía la empresa que el rey tuvo que debatir con su Consejo si el cerco se mantenía o no, y ciertamente este fue el punto de inflexión de la campaña de ese año y posiblemente del desenlace de la guerra. El marqués de Cádiz, seguramente el principal adalid de las tropas cristianas y cuya valentía nadie podía poner en duda, expuso sus argumentos a favor de levantar el asedio, imposible de mantener por las dificultades en emplear la artillería, y fortificar todas las poblaciones de los alrededores de Baza, con lo cual se podría decir que la ciudad estaba sitiada, mejor que manteniendo allí el real. En cambio, don Gutierre de Cárdenas, comendador de León y uno de los más allegados a los Reyes, era de

opinión contraria, ya que desplazar las tropas hacia Guadix o hacia Almería resultaba más peligroso que quedarse allí, por el riesgo de ser atrapados entre dos fuegos y atacados por vanguardia y retaguardia, y dar por terminada la campaña significaba otorgar un triunfo tan patente al Zagal que muchos súbditos de Boabdil o mudéjares en territorio cristiano se verían tentados de pasarse a sus filas. No quiso decidirse don Fernando sin consultar a la reina, por lo que mandó emisarios a Jaén para darle cuentas del estado de la situación y solicitar su parecer. La respuesta de doña Isabel fue habilísima y diplomática. Dejó el asunto en el dictamen de su marido y sus consejeros, en cuya prudencia confiaba, pero asegurando que tendrían todo su apoyo logístico y moral si decidieran seguir adelante con el cerco. De esta forma tácita mostraba su predisposición e interés en la continuación del asedio, pero sin imponer su voluntad para demostrar que el rey don Fernando, a pesar de aragonés, en virtud del *tanto monta* comandaba las tropas castellanas sin estar sometido a las decisiones de la reina [Pulgar:487-488].

Se determinó, por tanto, continuar con el cerco. Sin embargo, visto que establecer el real en la huerta resultaba tan inseguro y donde estaba era poco efectivo, don Fernando ordenó asentar dos reales, uno de ellos en donde, entre otros comandantes, se hallaba el marqués de Cádiz, y en el que se instaló la artillería, y otro donde estaba la huerta regia; la ciudad quedaba en medio. Por las descripciones de los cronistas se deduce que los reales se encontraban, respectivamente, al noroeste y al sureste de la ciudad, es decir, en sus flancos, si consideramos que la sierra, al suroeste, guardaba sus espaldas y que la huerta, al nordeste, constituía su parte frontal. En línea recta habría entre ambos campamentos media legua, pero como para desplazarse de un real a otro era preciso rodear la ciudad y la huerta, la distancia efectiva entre ambos era de una legua, es decir, unos cinco kilómetros, lo que impedía el auxilio mutuo en caso de ataque de los sitiados. Las medidas tomadas para salvar esta circunstancia fueron principalmente dos: se ordenó fortificar los dos emplazamientos con zanjas y empalizadas y se decidió afrontar la tarea de la tala de la huerta. Como ya dijimos, la tala era una de las prácticas bélicas que más se pusieron en práctica durante la conquista. La de la vega bastetana fue particularmente penosa y difícil. Gracias a la provisión de don Fernando, el camino de Baza a Jaén se hallaba bien resguardado de posibles ataques enemigos, y por ello fue posible el pronto envío de hombres y herramientas necesarios. La estrategia de la tala fue la siguiente: se situó una guardia en la sierra de modo que dominase la ciudad y entretuviese a los moros con escaramuzas; en la parte de las huertas se destacaron jinetes e infantes para proteger a los taladores (2.000 y 5.000 respectivamente si hacemos caso a las noticias de los cronistas); detrás de este cuerpo iban los peones encargados de la tala, en número de 4.000. Como es natural, los de Baza eran conscientes del peligro que suponía la empresa de los cristianos y se afanaron por impedirla. Los encuentros bélicos eran tan constantes y tan encarnizados y la vega tan espesa que no se avanzaba más de diez pasos por día, y esto a un precio elevadísimo en vidas por una y otra parte. Cuarenta días de lucha sin cuartel demoró la destrucción del bosque bastetano.

Mientras tanto, en ese mes de julio recibió don Fernando en su real al prior de los franciscanos de Jerusalén que llegaba como embajador del Soldán de Babilonia, del que anteriormente hemos hablado. El motivo de su embajada debió de ser múltiple, ya que los cronistas dan versiones distintas, seguramente porque cada uno sólo conocía o sólo consideró digno de mención un aspecto determinado de la legación. No creo que debamos conceder excesivo crédito al cronista Palencia, que

presenta un gobernante egipcio enfurecido y amenazador, indignado por la afrenta que se hacía en Granada a los musulmanes, dispuesto a dar muerte a todos los cristianos que se hallasen en su territorio y a la destrucción de los Santos Lugares. Debió de existir una queja, es cierto, pues de lo contrario Fernando no hubiera redactado la justificación de la guerra que Ferrante de Nápoles transmitió a Egipto, pero sin duda fue menos virulenta de lo que el cronista presenta y más dictada por el compromiso moral que por la propia convicción. No debemos olvidar que Kait Bey necesitaba el apoyo español, tanto por el suministro de trigo como por el arrendamiento de las carabelas. Otras cuestiones que los embajadores traían consigo eran el sostenimiento de los Santos Lugares, que necesitaban recursos económicos, y una petición de ayuda de Egipto, seguramente para estrechar los lazos comerciales ante la amenaza turca. Los reyes asignarían a los frailes de los Santos Lugares una renta anual de mil ducados [Suárez, 1989:197]. Merece consideración la carta en que los reyes argumentaban al Soldán las motivaciones de la guerra, pues es una muestra clara de la extraordinaria habilidad diplomática de los monarcas españoles, o si se quiere de su capacidad para retorcer los argumentos en su favor. Ya dijimos que la mayor parte de la financiación de la contienda granadina se logró gracias a la concesión apostólica de las bulas de cruzada y de décima, concesión que sólo era posible si previamente se designaba la conquista como «guerra santa». Los planteamientos de los embajadores españoles en Roma para conseguir esta denominación se basaban en el problema, largamente debatido, de la guerra justa contra los infieles y en la consideración de la conquista como una recuperación de tierras antiguamente usurpadas ilícitamente por medio de violencia, y en este sentido es esclarecedor el discurso que Bernardino de Carvajal pronunció ante la Congregación de cardenales justo al término de este asedio [de Miguel:82-105]. Sin embargo, los argumentos empleados en su justificación ante el Soldán de Babilonia son totalmente diferentes: no se planteaba la guerra como de religión ni como de conquista. Simplemente se trataba de castigar a un reino vasallo que se negaba a cumplir sus deberes de vasallaje. Aunque tomado por los pelos, el planteamiento no faltaba a la verdad, puesto que desde 1236 el reino nazarí había aceptado su condición de vasallo de Castilla y pagaba un tributo, y este acuerdo nunca había sido roto, si bien es cierto que el tributo dejaba de pagarse los años en que la Corona castellana no tenía fuerza para reclamarlo [Suárez, 1983:83].

Como explicábamos antes de este inciso, a finales de julio o principios de agosto se terminó la tala de la vega de Baza. Si se hubiera tratado de una inmensa llanura, después de tan ingente obra de destrucción se hubiera obtenido la recompensa de controlar por completo a los sitiados, impidiéndoles las entradas y salidas de la ciudad. Pero no era ese el caso. Además de ser la superficie tan extensa, se encontraba tan surcada de cuevas, colinas y barrancos que ni los dos reales ni las guardias intermedias que se montaban servían para que los bastetanos se sintieran efectivamente cercados, ya que gozaban de libertad para salir y entrar impunemente. La obra acometida entonces sobrepasó la anterior. El rey ordenó cavar un foso que uniese los dos reales, guarnecido con una empalizada y defendido por quince fortificadas torres, entre las cuales, considerando la distancia entre los reales, no podía haber mucho más de trescientos metros. Allí se refugiaban las guardias que vigilaban las salidas de los moros. Para hacer más infranqueable el foso, se desviaron algunos cauces de ríos cercanos hasta llenarlo de agua. De diez a doce mil hombres, al mando del comendador de León, se destinaron a esta penosa tarea.

Apenas se habrían comenzado los trabajos del foso cuando, el 2 de agosto, se produjo el interrogatorio de Muza Tereri, un moro que abandonó Baza con su mujer y pidió refugio en el campamento cristiano. Ciertamente, el paso de desertores de la ciudad al real y viceversa no debía de ser extraño, según la victoria pareciera decantarse más por los de dentro o por los sitiadores y según bascularan los ánimos de los hombres, pero el testimonio de Tereri cobra importancia porque se conserva el documento de su interrogatorio y porque era escudero del caudillo de Baza. Por él supieron los Reyes que los sitiados tenían suministro (a juicio del interrogado) para menos de dos meses, que los jefes militares de la ciudad, aunque angustiados por la falta de víveres, confiaban en el socorro del Zagal, quien prometía pronto auxilio aunque éste nunca llegaba; supieron también que los combatientes de la ciudad serían aproximadamente unos 400 jinetes y 4.000 infantes (como podemos comprobar, lejos de las exageradas cifras que manejaban los cronistas castellanos) y que los habitantes, en total, unos 20.000; por último, también descubrieron a través de su testimonio algunos pasajes secretos por donde los moros salían y cuáles eran las fuentes que les suministraban el agua. A pesar de que, tal como mencionamos anteriormente, en el asedio de Baza la artillería no tuvo el papel decisivo que había tenido en otros, el testimonio del renegado también permitió saber que los disparos hacían bastante daño y mantenían a la población aterrorizada [Garrido:175-180].

Cuando por fin se terminó de construir el foso y la empalizada, gracias a las muchas guardias que se podían montar con la protección de las quince torres, los sitiados vieron cortadas de manera efectiva las posibilidades de salidas por el lado de la huerta. Sin embargo, a pesar de que en la parte de la sierra el rey había mandado levantar otra torre, los bastetanos tenían suficiente libertad para salir por los intrincados caminos de entre las montañas y sorprender a las patrullas pequeñas de cristianos y robar los abastecimientos que transportaban. Así, don Fernando determinó que se había de cerrar el cerco completamente, incluso en la parte de la sierra. Unir los reales por ese lado era aún más difícil que por el otro, por lo abrupto del terreno y porque por esa ruta los campamentos distaban el doble, dos leguas. La tarea volvió a recaer en el comendador de León, quien con otros diez mil hombres levantó dos murallas paralelas que unían los reales, dejando una calle entre ellas de unos cuatro pasos, de forma que los cristianos pudiesen circular por ella resguardados tanto de los ataques de los de Baza como de los que pudieran intentar entrar en la ciudad en su auxilio. Aunque los cronistas no dan fechas exactas, por sus referencias podemos calcular que hasta muy avanzado septiembre o empezado octubre no se debió de terminar esta ingente obra [Pulgar:489].

Durante la construcción del cerco se produjeron, como es evidente, numerosas batallas, enfrentamientos aislados, escaramuzas y acciones heroicas. Los cronistas se detienen en relatar algunos de estos hechos que ciertamente hacen su lectura más agradable, pero que escapan al interés del actual trabajo. Muchas de estas acciones se producían porque durante un asedio hay pocas oportunidades de botín, muchas menos que en la guerra de escaramuzas, sobre todo si al final se produce una capitulación generosa por parte del vencedor. Algunos nobles e hidalgos, deseosos tanto de este botín como de la fama (ya hablamos antes del espíritu caballeresco como motivación para la guerra) se aventuraban en poblaciones cercanas (o no tan cercanas, pues en una de ellas llegaron a las inmediaciones de Guadix). También el tedio hacía que se aceptasen los desafíos de caballeros moros para combates singulares o enfrentamientos de tropas poco numerosas. Sí resulta interesante destacar que don

Fernando era consciente de la ventaja que conseguían los moros en este tipo de guerra de escaramuzas, por lo que durante el asedio intentó tomar medidas para evitar estos combates. Esas energías eran necesarias para, por ejemplo, evitar la ayuda que les podía llegar desde Guadix. Y es que, si bien durante la construcción del foso y la muralla no hubo ningún intento del Zagal por asistir a los de Baza, ahora, que se estaba finalizando, un destacamento intentó romper el cerco y entrar avituallamiento en la ciudad. La inactividad del rey moro hasta ese momento pudo ser debida al miedo de perder posiciones con respecto a Boabdil si dejaba plazas desguarnecidas o a la convicción de que no era posible apretar un cerco efectivo a una ciudad tan bien protegida como Baza, tanto por medios naturales como por artificiales. El intento del Zagal tuvo éxito parcial, ya que una parte del destacamento consiguió entrar en la villa con víveres. Esta actividad del rey de Guadix tuvo como efecto que algunos súbditos de su sobrino, descontentos de la indiferencia de éste, se pasaran a su bando o que incluso intentasen entrar en Baza para apoyar a sus compañeros sitiados. Pero Boabdil castigaba estos intentos con severas penas, encarcelando a los familiares de los que abandonaban Granada, y seguía aceptando el dinero que le remitían los Reyes Católicos [Henríquez de Jorquera:471].

Podemos decir que a partir del momento en que se completó el cerco alrededor de la ciudad la estrategia seguida por don Fernando fue doble: intentos de negociaciones con los jefes moros, sobre todo con Yahia Alnayar, y táctica de castigo tanto de orden físico, por el hambre, como moral, por la desesperación. Casi nos atreveríamos a llamar “guerra psicológica” a la que se produjo durante el otoño de 1489 en el cerco de Baza. Los sitiados pasaban muchas penalidades, y de hecho el campamento cristiano estaba lleno de mudéjares renegados que se habían rendido a título individual, pero no menos pasaban los sitiadores, hasta el punto de que las deserciones eran numerosas e incluso había quienes se pasaban a la ciudad, confiando en una mejor situación. Los caudillos moros animaban a los suyos diciendo que el cerco no podría mantenerse más tiempo por causa de las lluvias y nieves que suelen asolar esa comarca en invierno; el rey católico mandaba sustituir las tiendas provisionales del real por construcciones sólidas de ladrillo y teja, demostrando así su intención de quedarse y sus medios para combatir el frío; en la ciudad se rumoreaba que los cristianos no tenían más provisiones que ellos; don Fernando había ordenado realizar labores de siembra y la reina continuaba mandando cargamentos de vituallas.

En este punto conviene hacer un inciso para no pasar por alto un hecho de importancia trascendental y que convirtió el cerco de Baza en uno muy diferente de los otros durante la conquista de Granada. Por la situación de Baza, en una hoya entre ásperas sierras, por la cuantía de las tropas, en el límite organizativo de un ejército aún con estructura medieval, y por la duración del asedio, éste jamás hubiera podido tener éxito sin la provisión de la reina, que desde Jaén no cesaba de enviar suministros, hombres y materiales necesarios para sostener el real. Las disposiciones para la recogida de víveres, naturalmente, se hacían con mucha antelación antes de cada campaña, y desde principios de ese año de 1489 se libraban las órdenes de compra de cereales, las cartas de guía y seguros de pastores encargados de llevar el ganado... Pero es a partir de junio cuando se da la mayor actividad. La reina había prometido que si se mantenía el cerco ella vigilaría por que no faltase el suministro, y realmente se esforzó en tomar todas las medidas necesarias para ello. Alquiló, según el cronista Pulgar, 14.000 animales de carga; esta cifra no debe ser tomada al pie de la letra, pues al hablar de cierto número de animales seguramente se refiere a número de

transportes realizados, pero es significativa del esfuerzo organizativo de doña Isabel; prohibió la venta de cereales desde Andalucía a otros lugares antes de saber si eran necesarios para el sostenimiento del real; ordenó ventas obligatorias de trigo, cebada y ganado a la Corona para abastecimiento de los del cerco; y se encargó de la importación de cereales de otras zonas de Castilla y de otros lugares cuando comenzó a escasear en Andalucía. El transporte de las vituallas, entre las sierras, no era tampoco tarea fácil: había que hacer transitables los caminos que las lluvias otoñales borran, había que construir puentes sobre los torrentes y arroyos, sólo se podían usar recuas y arrieros, pues no había posibilidad de emplear carros, era necesario proteger el camino de los salteadores moros que podían llegar desde Guadix, había que alojar a los animales y a los arrieros durante el camino... Por otro lado, era fundamental mantener el precio de los alimentos en el real, ya que las tropas debían pagarlos con su dinero y no se podía permitir fluctuaciones que dieran pie a amotinamientos. El precio de venta era, así pues, constante en el real, y con él sólo se sufragaba la mitad aproximadamente de los costes de compra y transporte, pues la carestía del cereal por la mala cosecha del año anterior había elevado mucho los precios. A esto hay que añadir las pérdidas de cereales por desperdicio o extravíos, y así se comprende que el esfuerzo económico que tuvo que realizar la Corona fue ingente [Ladero, 1964:58-77]. La reina tuvo que acudir a los préstamos, siendo notorio, aunque sólo sirva como anécdota, que se vio obligada a empeñar sus joyas como garantía de un empréstito de la ciudad de Valencia: 20.000 florines de oro por el collar, 35.000 por la corona y 5.000 por una garantía del tesorero; en total, 60.000 florines, es decir, 315.551 maravedíes [Prieto:XIX].

La rendición

El golpe decisivo en esa guerra psicológica fue la llegada de la reina al real. Durante el mes de octubre don Fernando había estado solicitando su presencia, hasta que por fin se avino e hizo su entrada en el campamento el 7 de noviembre, acompañada de la infanta Isabel y del cardenal Mendoza. Tal como se había acordado con los sitiados, los combates se detuvieron aquel día por respeto a la dama, de forma que todos los vecinos de Baza, asomados a la muralla, tuvieron ocasión de contemplar la magnificencia de la comitiva real. El significado de su llegada a nadie se escondía: el cerco no se iba a levantar y las tropas castellananas permanecerían allí hasta la rendición de la plaza. Ese mismo día comenzaron las pláticas para la rendición de la ciudad. Para los cronistas, el desenlace de la contienda a partir de la llegada de la reina se encuentra revestido de un halo de milagro. Las penalidades de los sitiadores eran tantas, según cuentan, que los de Baza se hallaban en mucho mejores condiciones, y el asedio no se hubiera podido aguantar por tiempo prolongado; fue la reina la que inspiró confianza a los cristianos, haciendo renacer sus fuerzas, y en cambio hizo nacer el temor en los moros, arrebatándoles las suyas.

En realidad, cuando en octubre se terminó de cercar toda la ciudad y la artillería no tenía el impedimento de la huerta para tomar posiciones, la resistencia de Baza no tenía razón de ser. Se podía tardar más o menos, pero si los sitiadores persistían la villa sería suya. La única esperanza de los de dentro era provocar de tal modo el cansancio de los castellananos que el rey cejara en su empeño. Con su honor a salvo por haber resistido hasta donde podía, Yahia Alnayar había mantenido durante ese mes conversaciones secretas con don Fernando, y la llegada de la reina era el

detonante, o si se quiere la excusa, para tornar públicas las negociaciones. La carta que el rey envía a Alnayar es muy interesante. El monarca alude a una queja del caudillo moro por no haber llegado a tiempo su adelantado a Almería, y se excusa alegando que no fue culpa suya, sino de las lluvias y del Zagal, que se lo impidieron. Recuerde el lector los acontecimientos de Almería que se narraron en el epígrafe de la campaña de 1488. Cuando el rey moro descubrió la traición de los que querían entregar Almería a don Fernando ajustició a algunos nobles y, quizá sospechando de su cuñado Alnayar pero sin tener completa certeza, lo destinó a Baza. Es natural que el caudillo moro se sintiese traicionado a su vez por el monarca castellano, quien al no haber acudido a tiempo a la cita había puesto en peligro su vida, y tal vez la venganza a que también se alude en la carta del rey no sea otra cosa que la defensa enconada que Alnayar se propuso hacer e hizo durante el asedio bastetano. Prosigue el rey su misiva recordando a Yahia Alnayar que su obstinada resistencia está causando muchas bajas por ambas partes y que el único beneficiado es, a fin de cuentas, un enemigo de su familia (y, efectivamente, el Zagal había sido enemigo de su padre). Como era previsible, la respuesta favorable no se hizo esperar mucho, y el día 15 el rey envía otra carta a Alnayar donde huelga de la predisposición del caudillo moro para la rendición, y le concede el permiso que aquél le había solicitado para desplazarse a Guadix en busca del consentimiento de su rey [Garrido:180-182].

Cuando Alnayar expuso ante su primo y cuñado la situación desesperada a que se había llegado en Baza y le aseguró que era locura intentar resistir, éste le dejó libertad para hacer lo que creyese mejor para la ciudad y sus habitantes. Con tal respuesta, Baza se rindió el 28 de noviembre y seis días después, el 4 de diciembre, se entregó efectivamente. Las capitulaciones fueron generosas, pues los Reyes habían aprendido a lo largo de la guerra que antes se conseguía una plaza por la diplomacia, ofreciendo buenas rentas a sus jefes y respeto a los ciudadanos, que por la sola fuerza de las armas. A la capitulación de Baza siguió en cadena la de los lugares vecinos: Purchena, Tabernas, Serón, las sierras de Bacares y Filabres y la ribera del río Almanzora, rendiciones ya acordadas en los tratados firmados en Baza y, casi de forma inmediata, se produjo la del Zagal, que también rindió las plazas de Almería, entregada el 22, y de Guadix, que lo hizo el 30.

El fin de la guerra

Con la rendición de los territorios del Zagal se terminaba la conquista de Granada, o al menos así debería haber sido en virtud de los acuerdos. Boabdil era vasallo de los monarcas castellanos y por los tratados firmados en 1485 se había comprometido a entregar Granada a cambio del señorío de los lugares de Guadix y Baza, cuando los Reyes Católicos estuvieran en condiciones de entregárselos. Tras la rendición del Zagal, único oponente activo que tenían en ese momento los monarcas españoles, se cumplían los requisitos para la ejecución de los acuerdos y la entrega pacífica de la capital. Así lo creían los reyes, como se demuestra en las cartas que envían a principios de enero, donde se congratulan del fin de la guerra. Sin embargo, el mismo Boabdil pusilánime que las pocas veces que se había atrevido a plantar cara a los monarcas había sido para caer estrepitosamente derrotado, ese mismo que permaneció inactivo mientras los cristianos derrotaban a su enemigo interno, su tío, se rebeló en esos últimos estertores de la contienda y no se resignó a ceder el último

reducto del antiguo reino nazarí. La guerra se prolongaba así pues durante otros dos años. Granada sólo sería tomada por las armas.

Carlos de Miguel Mora
Universidad de Granada

Bibliografía:

Alfaro Baena, Concepción, «La Hoya de Baza: transformación de la frontera tras la conquista cristiana», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 7 (1993) 41-66.

Benito Ruano, Eloy, «La organización del ejército cristiano en la guerra de Granada», en **A.A.V.V.**, *Seis lecciones sobre la guerra de Granada*, Granada 1983, pp.7-17

Bernáldez, Andrés, *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel*, publicado en *Biblioteca de Autores Españoles*, t.LXX, Madrid 1876.

Eguílaz Yanguas, Leopoldo, *Reseña histórica de la conquista del Reino de Granada según los cronistas árabes*, Granada 1892.

Espinar Moreno, Manuel, «Historia de Granada: el reino nazarí y la conquista castellana (siglos XIII-XV)», en **A.A.V.V.**, *Pasado y presente de la provincia de Granada*, Granada 1995.

Garrido Atienza, Miguel, *Las capitulaciones para la entrega de Granada*, Granada 1992.

González Jiménez, Manuel, «La guerra en su vertiente andaluza: participación de las ciudades, villas y señoríos andaluces», en **A.A.V.V.**, *Seis lecciones sobre la guerra de Granada*, Granada 1983, pp.19-34.

Goñi Gaztambide, José, *Historia de la bula de la cruzada en España*, Vitoria 1958.

Henríquez de Jorquera, Francisco, *Anales de Granada. Estudio preliminar y nuevos índices por Pedro Gan Giménez y Luis Moreno Garzón*, Granada 1987.

Hillgarth, Jocelyn Nigel, *Los Reyes Católicos (1474-1516). Con un prólogo de Miquel Batllori*, Barcelona-Buenos Aires-México D. F., 1984.

Ladero Quesada, Miguel Ángel, *Castilla y la conquista del Reino de Granada*, Granada 1987.

Ladero Quesada, Miguel Ángel, «Ejército, logística y financiación en la guerra de Granada», en **A.A.V.V.**, *Seis lecciones sobre la guerra de Granada*, Granada 1983, pp.35-57.

Ladero Quesada, Miguel Ángel, *El siglo XV en Castilla. Fuentes de renta y política fiscal*, Barcelona 1982.

Ladero Quesada, Miguel Ángel, *Granada. Historia de un país islámico (1232-1571)*, Madrid 1979.

Ladero Quesada, Miguel Ángel, *La Hacienda Real castellana entre 1480 y 1492*, Valladolid 1967.

Ladero Quesada, Miguel Ángel, *Milicia y economía en la guerra de Granada: el cerco de Baza*, Valladolid 1964.

López de Coca Castañer, José Enrique, *El Reino de Granada en la época de los Reyes Católicos (2 vols.)*, Granada 1989.

Mariana, Juan de, *Historia de España*, publicado en *Biblioteca de Autores Españoles*, t.XXXI, Madrid 1876.

de Miguel Mora, Carlos, *Bernardino López de Carvajal. La conquista de Baza*, Granada 1995.

Palencia, Alonso de, *Guerra de Granada. Traducción castellana por D. A. Paz y Meliá*, t.V, Madrid 1909.

Pérez, Joseph, *La España de los Reyes Católicos. Versión íntegra del francés en castellano por José Manuel Fernández-Jardón Vindel*, San Lorenzo del Escorial 1986.

Prieto, Amalia y Álvarez, Concepción, *Archivo General de Simancas. Catálogo XIII. Vol. VI (Enero-Diciembre 1489)*, Valladolid 1958.

Pulgar, Hernando del, *Crónica de los señores Reyes Católicos D. Fernando y D^a Isabel. De Castilla y de Aragón*, publicado en *Biblioteca de Autores Españoles*, tt.LXIX y LXX, Madrid 1876.

Suárez Fernández, Luis y Carriazo Arroquia, Juan de Mata, *La España de los Reyes Católicos (1474-1516)*, tomo XVII de *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal (41 tomos), Madrid 1969.

Suárez Fernández, Luis, *La España de los Reyes Católicos (1474-1516)*, dentro de la colección *Historia de España* dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Madrid 1982 (edición totalmente revisada de la de 1935).

Suárez Fernández, Luis, «La política internacional durante la guerra de Granada», en **A.A.V.V.**, *Seis lecciones sobre la guerra de Granada*, Granada 1983, pp.75-84.

Suárez Fernández, Luis, *Los Reyes Católicos. El tiempo de la guerra de Granada*, Madrid 1989.

Suárez Fernández, Luis, *Política internacional de Isabel la Católica*, Valladolid 1966

de la Torre, Antonio, *Los Reyes Católicos y Granada*, Madrid 1946.

Valera, Mosén Diego de, *Crónica de los Reyes Católicos. Edición y estudio por Juan de Mata Carriazo*, Madrid 1927.

Zurita, Jerónimo, *Anales de la Corona de Aragón. Edición preparada por Ángel Canellas López*, Zaragoza 1977.